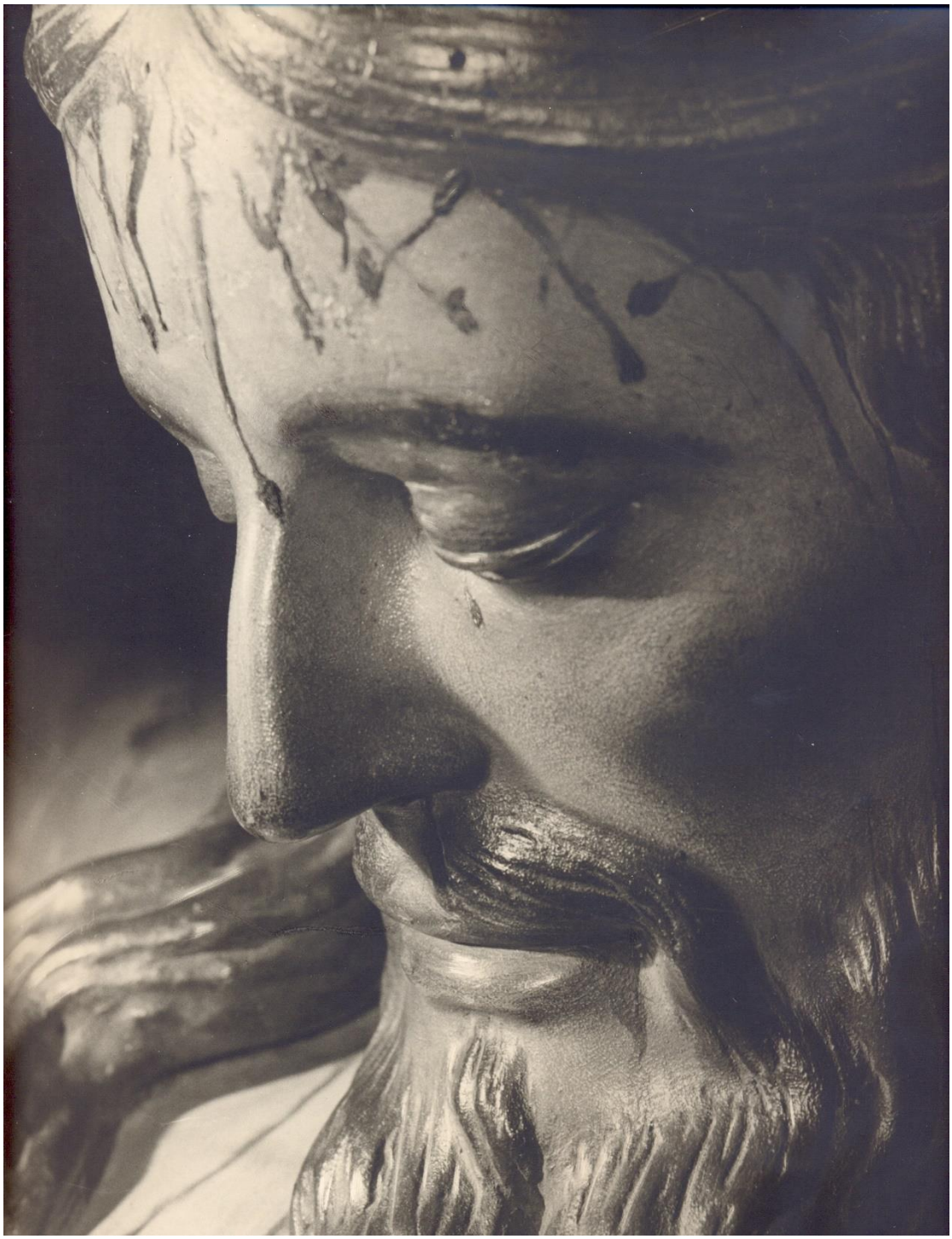

MEDITACIÓN ANTE EL CRISTO DEL AMOR

Federico Fernández Basurte

24 de febrero de 2024, tercer día del Triduo

A la memoria de Ignacio Mantilla de los Ríos

Dedicado a todos los cofrades y a todos los devotos que a lo largo de estos cien años amaron al Cristo del Amor.

Abre, Señor, mis labios, y mi boca proclamará tu alabanza[1]

Mi Luz, mi Paz, mi Bien, mi Amor, mi Vida…

Qué extraño me resulta oír estas palabras pronunciadas en voz alta cuando siempre se deslizan en silencio, buscándote, llamándote, cuando te invoco.

Mi Luz, mi Paz, mi Bien, mi Amor, mi Vida. Mi Escudo. Mi Fortaleza. Señor mío, Refugio mío, Amigo mío… Dios mío.

Ahora saben, quienes me están escuchando, cómo te llamo. Ya saben quién eres para mí. Poco más mío me queda que entregarle a la Cofradía; nada que sea más valioso que compartir tu nombre con mis hermanos pues les estoy dando lo más íntimo ¡Y cómo no dárselo! Cómo no darle lo que me pide si en ella te encontré y ella te trajo a mi vida. Cómo no compartirlo si es bueno… Lo hago con gratitud y con humildad.

[1] Salmo 51, 15

Mi Luz, mi Paz, mi Bien, mi Amor, mi Vida, aquí me tienes, como cada domingo después de Misa junto a la reja de tu capilla y ante ti, en el preciso lugar donde me encuentras, donde me quieres, donde te busco, donde necesito ver esa sonrisa, justo desde ese ángulo. Como en como en tantos momentos, como siempre, con todas mis limitaciones, desde mi pobreza te digo: *aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad*[2], y aunque no sea en lo escondido, entró en la serenidad de esta casa, de nuestra casa, para orar con mis hermanas y hermanos en el silencio imprescindible, en tu presencia, junto al sagrario, ante tu imagen. Entra tú en esta noche, entra en nuestra noche, entra en mi noche, Señor, e ilumínanos.

Aquí nos tienes, necesitados de un corazón en calma, abierto para escuchar, receptivo para sentir, dispuesto para la respuesta y el compromiso. Danos, Señor, un corazón sensible y compasivo; el corazón que tú quieres en nosotros, ese corazón humilde, manso y capaz de arrepentimiento que tú no rechazas. Danos, Señor, un corazón que sea capaz de prenderse de amor por ti y por los hermanos. Entra el fondo del corazón de cada uno de nosotros, en esa hondura que sólo Tú conoces, y háblanos en lo profundo.

Aquí nos tienes, necesitados de tu ternura, esperando como siempre tu abrazo, dispuestos a aventurarnos en una búsqueda.

[2] Salmo 39

Como forma de hacer oración, meditar es buscar[3], escudriñar en los rincones de nuestra alma tratando de comprender el porqué y el cómo de la vida cristiana para responder a lo que el Señor nos pide. La imagen de nuestro Sagrado Titular nos ayudará hoy en esta búsqueda.

Dejémonos conducir por el Espíritu Santo. Él ora en nosotros. Él nos ayuda en nuestra debilidad, porque no sabemos, poque solos no podemos, porque nuestra confianza en Dios es débil y si nos perdemos en esta búsqueda, Él mismo nos inspira y ruega por nosotros, y lo hace de modo tan especial que no hay palabras para expresarlo[4]. Con el Espíritu Santo avanzamos por el que es el único y verdadero camino de la oración: Cristo Jesús.

Que este rato compartido nos ayude a profundizar en las convicciones de nuestra fe, que suscite en nosotros el deseo de convertir el corazón, de transformarlo según el corazón de Cristo y que nos ayude a fortalecer la voluntad de seguirle.

El Papa Francisco nos dice que *es tiempo de actuar, y en Cuaresma actuar es también detenerse. Detenerse en oración, para acoger la Palabra de Dios, y detenerse como el samaritano, ante el hermano herido. El amor a Dios y al prójimo es un único amor.* La Cuaresma en la que nos estamos adentrando, camino de la Pascua, es un tiempo propicio para sacar nuestro corazón de la atrofia, para que se despierte. *Desacelerar y detenerse. La*

[3] *Catecismo de la Iglesia Católica.* Cuarta parte, Capítulo III, Art. 1, 2705 y ss.
[4] Rom 8, 26

dimensión contemplativa de la vida, que la Cuaresma nos hará redescubrir, movilizará nuevas energías. Delante de la presencia de Dios nos convertimos en hermanas y hermanos, percibimos a los demás con nueva intensidad; en lugar de amenazas y enemigos encontramos compañeras y compañeros de viaje. Este es el sueño de Dios, la tierra prometida hacia la que marchamos cuando salimos de la esclavitud.[5]

Os invito a que lo hagamos juntos: desacelerar y detenernos, contemplar…

Resuena esta voz, que sabéis que es vuestra, que esta noche, como siempre, es para vosotros, y se expande su eco por las bóvedas añejas de este templo que nos acoge desde hace cien años.

Las voces de los cofrades del Amor han sonado en esta iglesia rezando, proclamando la Palabra, llorando, riendo y celebrando, en la catequesis y en tantas acciones pastorales, en la liturgia y en la caridad, gritadas o apenas musitadas; voces de mujeres y hombres, voces infantiles y adultas, voces de cofrades del Amor y la Caridad que vienen oyéndose aquí, ininterrumpidamente, durante un siglo. Su memoria permanece impregnada en estos muros que nos acogen y esa historia no podrá ser borrada ni alterada ni despreciada ni reducida: forma parte de esta casa, de nuestra parroquia, desde mucho antes de que estuviéramos presentes quienes hoy la habitamos… Y lo seguirá estando, mucho después de que

[5] FRANCISCO, Mensaje para la Cuaresma, 2024.

nosotros seamos apenas recuerdo. Porque como se canta en el *Ubi Caritas*: e*l amor de Cristo nos ha congregado y unido*[6].

Desde el sagrario, donde está vivo, realmente presente, y nos espera siempre; en la comunidad reunida en su nombre para celebrar la Eucaristía cada domingo; a través de su Palabra, pronunciada para nosotros, para darnos verdadera Vida… el Cristo del Amor congregó a nuestros mayores en tiempos pasados y nos congrega y nos reúne hoy y su imagen nos acompaña, nos emociona, nos interpela, nos atrae… Vibran las voces de los cofrades del Amor de todos los tiempos y están aquí, ondas invisibles que siguen flotando en este entorno victoriano que nos envuelve, latidos en este corazón que arde de Caridad.

Que todos los que amaron al Amor de los amores, que todos los que se agarraron a su cruz y besaron sus pies; los que se encomendaron a su poder; los que le rezaron agarrados a la reja de todos los tiempos o quienes le lanzaron besos, los que dejaron sus flores o sus necesidades; los que le dieron gracias por tanto recibido y los que anduvieron sus pasos delante, detrás o bajo su trono, Viernes Santo tras Viernes Santo desde hace cien viernes santos, los que entraron deprisa a la iglesia para ir directos a su capilla, santiguarse y seguir su rutina cotidiana o los que se demoraron en una larga conversación de amor de las que duran toda una vida,… que todas ellas y ellos estén aquí esta noche con nosotros y que los sintamos muy cerca, todos uno, en un solo corazón.

[6] De *Ubi Caritas*

Fijos los ojos en Jesús[7]

Os invito hermanos y hermanas a contemplar al Cristo del Amor. Poned toda vuestra atención en su imagen. Conectad vuestros ojos al corazón y miradlo con él. Miradlo con el corazón. Que vuestra respiración os acompañe mientras lo contempláis. Sentid cómo el aire sagrado que nos envuelve os llena de su paz con cada inspiración.

Permitidme que, humildemente, guíe vuestra mirada y os lleve a admirar lo que tantas veces hemos visto y, sin embargo, siempre es nuevo.

Mirad su cuerpo crucificado, la verticalidad de su muerte suspendida por tres clavos, la serenidad de su postura, sin contorsiones. *Este es el Dios en el que creemos los seguidores de Jesús: un Dios débil que no tiene más poder que su Amor*[8].

Mirad su cruz y recordadla: leñosa, rugosa y pesada.

Benedicto XVI nos dice *que en su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical*. *Es en la cruz donde puede contemplarse esta verdad: Dios es Amor* (1 Jn 4, 8). Y, *desde esta mirada* a

[7] Hb 12, 2

[8] Cfr. Juan Antonio Pagola en PAGOLA, José Antonio, ALEIXANDRE, Dolores y MARTÍN VELASCO, Juan (2013), *Fijos los ojos en Jesús*.

Jesús crucificado, desde esta contemplación de la cruz, *el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar*[9].

Vivir según el Amor Crucificado… Amar como el Amor Crucificado…

Tomo prestadas las palabras del obispo poeta y profeta entre los pobres, Pedro Casaldáliga[10], para hablarle al Amor que nos espera en lo alto del árbol de la Cruz:

Tú pides,
pides siempre,
pides mucho,
Señor.
Lo pides todo.
Te gusta ir entrando, como un fuego,
vida adentro de aquellos que te aman
y abrasarles las horas, los derechos, el juicio.
Tú haces los eunucos y los locos del Reino.
Abusas del amor
de los que son capaces
de abusar de tu Amor.

No muchos, más bien pocos.

---

[9] BENEDICTO XVI (2005), *Deus Caritas est*, 12
[10] CASALDÁLIGA, Pedro (1994), *Amor celoso* en *Todavía estas palabras*, Verbo Divino, Estella. https://delaruecaalapluma.com/2020/08/08/descalzar-el-alma-con-pedro-casaldaliga-in-memoriam/ (consultado 24/2/2024)

(Todos podrán salvarse,
pocos quieren salvarte plenamente).

Teresa de Jesús, que lo sabía
de andar trochas y noches del Carmelo,
te lo advirtió. Inútilmente, claro.
Sigues siendo el Total,
la zarza ardiendo
sobre el Horeb de todos los llamados.

Delante de tu Gloria, Amor celoso,
no hay más gesto posible que descalzar el alma.
Tú eres. Tú nos haces.
Calcinándonos,
el Viento de tus llamas nos liberta.
Tú nos amas primero, en todo caso.

Repasad conmigo de abajo a arriba su figura: el pie derecho superpuesto sobre el otro; ese pie que besamos cada Viernes Santo, en el que dejamos nuestro cariño mientras sujetamos levemente sus dedos entre los nuestros; esos dedos ennegrecidos por la sangre y por el paso del tiempo, por tantos besos que los desgastaron a fuerza de amor sincero, pero que se nos antojan ahora sucios del polvo de los caminos por los que anduvieron para salir al paso de los pobres, para ir a anunciarles la buena noticia del Reino de Dios.

Son los pies de Dios cercano, que guiaron los pasos del Mesías fuera del templo para llevarlo hasta donde estaban los enfermos, los marginados, los olvidados, los hambrientos, los desesperados; para que saliera -sacramento del Padre- al encuentro de los que buscaban.

Son los pies de Dios, con los que Jesús recorrió los caminos para acercarse y ayudar, para inclinarse y socorrer, para abajarse y curar. Son los mismos pies que caminaron sobre las aguas y que siguen saliendo al paso de nuestros miedos cuando la tormenta agita nuestra vida y desafía la aparente seguridad de nuestra barca, para que pongamos la mirada en Jesús y nos atrevamos, como Pedro, a saltar al mar, con la confianza y el amor puestos en el Señor.

Son esos mismos pies que se dejó ungir por la ternura de aquella mujer que los lavó con sus lágrimas, los secó con sus cabellos y los perfumó y besó para escándalo de los fariseos[11]. Aquella mujer de la que Jesús dijo que se le perdonó porque había demostrado mucho amor.

Son los pies del Maestro junto a los que tantos discípulos se sentaron a escuchar lo que Él decía, como María en Betania[12].

Acerquémonos a los pies del Cristo del Amor con un corazón de discípulo. Que besarlos sea un signo de nuestro arrepentimiento, de nuestro deseo

[11] Lc 7, 36-50
[12] Lc 10, 38-42

de reconciliarnos con nuestros hermanos, reconociendo al otro como hijo de Dios. Que aferrarnos a sus plantas sea muestra de nuestro deseo de *salir deprisa* hacia quien más nos necesita.

Mirad ahora las marcas de los azotes que recorren todo su cuerpo; esas dos marcas paralelas que parten de los propios pies y se extienden por todo el cuerpo como el testimonio de un castigo total.

Recorred sus piernas y llegad a sus rodillas amoratadas, maceradas por el impacto de las caídas en tierra bajo el peso del madero, pero que ahora se nos antojan enrojecidas por la postura de quien ha orado mucho, por el mundo, por nosotros, apartado en la soledad, en el Getsemaní de la angustia, donde ha pedido al Padre que todos seamos uno[13] .

Son las rodillas que le sostuvieron mientras lavaba los pies a los apóstoles. El Señor es el que lava los pies de los discípulos. Él que es Eterno, el mismo Dios, se hace esclavo, servidor; los esclavos del mundo, los empobrecidos, los sencillos y los humildes son tratados como señores. El Jesús que lava los pies arrodillado es Hijo del Dios del escándalo, del Dios de los contravalores tradicionales, del Dios contracultural. Jesús toca el polvo de la historia, pone sus rodillas en el suelo de la sala de la última cena y hoy nos invita a que sigamos poniendo nuestras rodillas, manos, corazón, alma, cuerpo, espíritu,

[13] Jn 17, 21-26

la vida entera pegada a la tierra, para servir, para entregarnos en el servicio a los demás[14].

Con Jesucristo entendemos cómo Dios se manifiesta en el suelo, en la debilidad, arrodillado. Es como con Getsemaní: Jesús lava los pies en el suelo; en Getsemaní Jesús está postrado en tierra, orando angustiado. Las rodillas amoratadas de Jesús son las de Dios haciéndose debilidad para que nuestra debilidad humana pueda llegar a la plenitud divina[15].

Al contemplar las rodillas del Cristo del Amor, arrodillémonos con Él para servir a los hermanos y sintámoslo arrodillado a nuestro lado apoyando todo lo que en nosotros, es frágil y está caído.

Fijaos ahora en el paño que apenas lo cubre y que deja a la vista la desnudez de su cadera y la parte superior de su pierna derecha, recogido descuidadamente por el cordón que rodea su cintura y que se ciñe mediante un nudo del que cuelgan los dos extremos. Este paño es el signo de su vulnerabilidad, de la fragilidad del hombre despojado de todo, desnudo, expuesto, a la intemperie.

Francisco nos invita a tomar conciencia de esta condición de nuestro ser cuando nos dice que *todos nosotros somos vulnerables, frágiles, débiles y*

---

[14] ESPINOSA ARCE, Juan Pablo (2019). *La diakonía de Jesús: el arte de lavar los pies. Cristianismo y justicia.* https://blog.cristianismeijusticia.net/2019/09/06/la-diakonia-de-jesus-el-arte-de-lavar-los-pies (consultado 21/2/2024)

[15] *Ibidem*

necesitamos ser sanados. Pablo lo dice con fuerza en su carta a los Corintios cuando nos compara con una quebradiza vasija de barro[16]: *somos acosados, aplastados, perseguidos, derribados como manifestación de nuestra debilidad*. Esta es la debilidad según Pablo: *manifestación del barro*. Y *ésta es nuestra fragilidad: una de las cosas más difíciles en la vida es reconocer la propia vulnerabilidad*[17].

Que al contemplar la desnudez del Amor en la Cruz nos miremos a nosotros mismos en nuestra pobreza y seamos capaces de reconocernos vulnerables, frágiles, débiles, pecadores: solamente si nosotros aceptamos ser barro, esa extraordinaria potencia del Amor de Dios vendrá a nosotros y nos dará la plenitud, la salvación, la felicidad, la alegría de ser salvados.

Ese cordón que sujeta el paño puede recordarnos a aquel con el que durante tantos años nos ceñimos la cintura los nazarenos del Amor. Que la correa agustiniana que ahora ciñe nuestro hábito nazareno sea signo de fidelidad, a Jesús Crucificado y Resucitado que nos ha llamado y a la Iglesia, a nuestra vocación, a nuestra Hermandad, a su historia, a su identidad, y a sus hermanos.

Recorred ahora su torso, pasad por la llaga del costado y besadla con vuestra mirada. Después volveremos a ella, porque ahora se acelera el

[16] 2Cor 4, 7-15

[17] FRANCISCO, *Reconocer nuestra vulnerabilidad*. Homilía en la capilla de la Domus Santae Marthae, 16 de junio de 2017. *Cfr. L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 23 de junio de 2017 https://www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2017/documents/papa-francesco-cotidie_20170616_vulnerabilidad.html (consultado 24/2/2024)

pulso y quiere el corazón llegar deprisa al leve arco que recorre la línea horizontal de sus brazos, a las manos que se cierran sobre los clavos, ennegrecidas las puntas de sus dedos -esos que un día escribieron en la arena mientras sus palabras manifestaban la misericordia de Dios perdonando a aquella mujer a quien todos condenaban[18]-, ahora crispados por el dolor y rígidos por la muerte. Son los dedos de Dios, de los que dice el salmista que los cielos son obra suya [19].

Que se pare la mirada de tu corazón en esas mismas manos, ahora cruelmente atravesadas, que tocaban para curar, para bendecir e incluso para devolver la vida. Fijaos en esas manos heridas que levantaban del suelo al que estaba postrado y que señalaban con valor la hipocresía, la incoherencia y la crueldad de quienes anteponían el propio interés y el poder a atención a los más necesitados. Están ahí clavadas las manos que partían el pan y que incluso lo multiplicaban. Son las manos fuertes del carpintero, encallecidas por el trabajo, pero suaves para acariciar y consolar, para secar una lágrima o para posarse en el hombro con dulzura y firmeza. Poned vuestra mirada en esas manos, ahora clavadas al madero, porque son las mismas que, respetuosas, extendían con veneración los rollos de las Escrituras en la Sinagoga; son las manos que, extendidas, se abrían para orar al Padre, en lo apartado del monte, en lo oculto de la noche, en la soledad del huerto.

[18] Jn 8, 6
[19] Sal 8, 4

Que contemplar su manos haga las nuestras más capaces de cuidar. Que nuestras manos empuñen instrumentos para construir y nunca para destruir. Danos, Señor del Amor, manos creadoras, capaces de acariciar e impulsar; manos capaces de ofrecerse con generosidad y audacia; manos capaces de unirse, de entrelazarse, para ser más fuertes y más eficientes al servicio del Reino; manos de obreros para construir el reino, de campesinos para sembrar tu Palabra.

Y ahora, llegad conmigo hasta su cabeza, caída hacia delante sobre el lado derecho del pecho. Su cabeza abatida es el único signo de que ya no hay vida en este cuerpo que parece suspendido sobre la cruz. Mirad conmigo su rostro, que el pelo recogido hacia el lado izquierdo deja al descubierto. Fijaos en el mechón que a la derecha cae sobre sobre su hombro y en cómo las guedejas de su barba se pegan a su pecho. Contempla su rostro, suave, dulce, lívido, sereno, su nariz afilada, su boca entreabierta como si se hubiera quedado suspendida una última palabra de amor para ti…

Mira sus ojos, ahora cerrados. Son los ojos con los que ofreció a tantos la mirada de amor que necesitaban; son los ojos para una mirada nueva, para una mirada de esperanza, para una mirada limpia y que sana, para una mirada clara y que levanta, para una mirada sin prejuicios. Son los ojos con los que miró compasivo, enternecido; los que lloraron por el amigo muerto y por el dolor que le salía al paso.

Mira su expresión, porque si lo sabes mirar, si lo quieres mirar, si la sabes buscar, si desde el ángulo exacto del alma estás dispuesto a dejarte llenar por el Amor que da la Vida y que vence a la muerte, podrás descubrir una leve sonrisa.

Quizás quien primero la viera fue el propio Fernando Ortiz, cuando en el taller que tenía en su casa de la Plaza de la Merced, esquina con la calle de la Madre de Dios, labraba esta imagen pensando en que sus hijas, María Teresa, Rosalía y Antonia, rezarían ante ella, en la clausura del convento de las agustinas. Quizás el cariño hizo suave el dolor y modeló la esencia de Jesús el Nazareno, sin afectación ni efectismo y Cristo muerto, serenó el semblante para que aquellas mujeres encontraran *la vida y el consuelo*[20] al contemplar en la cruz, como nosotros esta noche, al Señor de cielo y tierra.

Quizás fueran aquellas mujeres de hábito y velo negro, hijas de San Agustín, aquellas que durante más de 170 años dejaron impregnada su oración en la imagen de este Crucificado, primero en la clausura del convento de calle Santa María y después, cuando fueron expulsadas de su propia morada, en sus sucesivas casas a las que siempre fueron llevando a su Crucificado hasta llegar al humilde refugio que encontraron aquí mismo, frente a esta iglesia y en cuya capilla, pequeña y pobre, los cofrades encontraron al Amor, quienes se fueran instruyendo unas a otras en la búsqueda del gesto tierno del Cristo en quien ponían su corazón inflamado de caridad.

[20] SANTA TERESA DE JESÚS, *En la cruz está la vida y el consuelo.*

Os dije que volveríamos a su costado…

Apenas hay sangre en su cuerpo: los escasos regueros que recorren sus piernas, las manchas que se empapan en el paño de pureza tiñéndolo levemente, los hilos que recorren los brazos brotando de las heridas de las manos, las señales de la corona de espinas y su costado… De la herida abierta en ademán de labios, con que sigue besando el pecho muerto[21], mana la sangre como de una fuente y en su borde, casi imperceptible, una gota de agua: "Agua del costado de Cristo, lávame".

No está tanto el drama en la sangre derramada por este Jesús Crucificado, no está la violencia en las heridas abiertas, en la carne torturada hasta el extremo. El drama está en la muerte del Justo, en la ejecución del Inocente, en el sacrificio del Cordero. En su figura exangüe está la de todos los inocentes que pierden la vida a causa de la injusticia, la de todas las personas a las que le es arrebatada su dignidad, víctimas de cualquier tipo de abuso que dañe su integridad. En esta cruz se resume un mar de cruces en el que tantos migrantes pierden la vida; están presentes las cruces en forma de tiendas en los campos de refugiados; son las cruces que cargan los desplazados por la persecución política, por la violencia de los conflictos, por la sequía y el hambre. Caos de cruces entre las ruinas de los lugares en guerra, donde la muerte campa a sus anchas. Cruces de la infancia que sufre por causa de los abusos, cruces de malos tratos, de empobrecimiento, de soledad no buscada ni querida, de exclusión y marginalidad. Cruces de enfermedad. Cruces cotidianas, cercanas,… Y todas están aquí, en esta

[21] CANALES, Alfonso, *Queda el Amor*

geometría del Amor, en el encuentro de la horizontal de nuestra limitación, con la vertical de la trascendencia, de la mano tendida de Dios. Este es el drama del crucificado, traspasado de violencia y de injusticia, atravesado su costado por la lanza inmisericorde de la brutalidad, de la inhumanidad.

Fijad vuestra atención en la herida abierta en el costado de Cristo: Dios abre su carne para que nos podamos refugiar en él. Ese costado abierto, no es sólo la herida desde la que recibir el baño vivificador y purificador, de la sangre y el agua, Eucaristía y Bautismo, sino que esa llaga abierta es puerta por la que entrar al corazón de Dios. En palabras de San Bernardo: *¿Por qué no he de mirar a través de esta hendidura?… Un hierro atravesó su alma, hasta cerca del corazón, de modo que ya no es incapaz de compadecerse de mis debilidades. Las heridas que su cuerpo recibió nos dejan ver los secretos de su corazón; nos dejan ver el gran misterio de piedad, nos dejan ver la entrañable misericordia de nuestro Dios, por la que nos ha visitado el sol que nace de lo alto. ¿Qué dificultad hay en admitir que tus llagas nos dejan ver tus entrañas? No podría hallarse otro medio más claro que estas tus llagas para comprender que tú, Señor, eres bueno y clemente, y rico en misericordia*[22].

Pesa el sol sobre este campo de olivos, un Getsemaní en la Axarquía al que hemos llegado, juntos, buscando tu imagen en otro lugar, tu presencia alterada, recreada y llevada a otro contexto. Ya sabemos qué nos vamos a

[22] SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sobre el libro del Cantar de los Cantares, Sermón 61, 3-5*: Opera omnia, edición cisterciense, 2 | 1958 |, 150-151. https://www.corazones.org/biblia_y_liturgia/oficio_lectura/tiempo_ordinario/3miercoles_ordinario.htm (consultado 19/2/2024)

encontrar, lo hemos visto a través de una pantalla, pero el conocimiento previo no aminora la emoción. Quizás sea porque hasta aquí hemos venido juntos. Quizás sea también, porque sabemos que son muchos los que están llegando a verte, buscándote entre las ruinas, y hemos conocido sus reacciones, sus impresiones, la agitación que ha causado en sus espíritus el encontrarte ahí, así, como si siempre hubieras estado, como si el tiempo con su devastación hubiera pasado y tú hubieras permanecido: "la Cruz permanece mientras el mundo da vueltas"[23].

Llegamos juntos y el solo hecho de sentirnos congregados por ti remueve el poso de los sentimientos y activa la circulación del espíritu fraterno entre nosotros.

Nos acercamos a los restos de una vieja casa. Vamos pisando tejas rotas y escombros. Sus crujidos se van imponiendo a las voces que poco a poco van cesando y tu presencia, pobre, frágil, descarnada, alzándose sencilla entre los deshechos, surgiendo de lo abandonado, de lo destruido, impone el silencio entre quienes han levantado los ojos del suelo pedregoso, lleno de obstáculos que desestabilizan y hacen perder la seguridad, para llegar a poner la mirada en ti; solo en ti: Señor de la historia, Dios de nuestras ruinas.

Y ante ti, como si los ojos tocaran, como si las manos llegaran adonde se fija la vista, descubrimos que la llaga del costado coincide con un desconchón de la pared. Una grieta atraviesa el pecho de la imagen pintada y junto a la

[23] Es el lema de los Cartujos.

herida de la lanzada una hendidura en la pared. El yeso caído y el mortero desecho parecen dejar un hueco para adentrarse en el interior de tu cuerpo muerto. En este pecho roto de amar, como si la necesidad hubiera arañado el muro, como si el ansia por entrar en ti hubiera arrancado el pedazo que nos permite asomarnos a conocer tu mismo corazón, nos adentramos para pedirte:

Muéstranos, Señor, tu corazón.

Muéstranos, Jesús, tus sentimientos.

Muéstranos el origen de tu infinita ternura,

el fuego de tu caridad,

la fuente del perdón.

Muéstranos tu corazón traspasado,

manantial de amor.

Muéstranos el corazón con el que nos has amado

y nos sigues amando con caridad infinita,

con el que deseas que te amemos, amando a los hermanos.

Déjanos, Señor, adentrarnos en tu corazón,

donde están todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia[24],

donde habita la plenitud de la divinidad,

donde radica la más completa humanidad.

[24] Col 2, 3

Muéstranos, Señor, tu corazón paciente y bondadoso,

tu corazón humilde, justo y misericordioso.

Muéstranos, Señor, tu corazón radicalmente entregado,

tu corazón ofrecido por nosotros,

obediente hasta la muerte,

desgarrado por tu Amor.

Muéstranos tu corazón,

reposo para nuestra vida agitada,

refugio para nuestros temores y nuestras angustias,

consuelo para nuestros sufrimientos,

cobijo de nuestra intemperie,

donde encontramos valor ente la adversidad.

Muéstranos tu corazón apasionado,

prendido de amor ardiente,

el que vence la muerte, todas las muertes,

el que alumbra la Vida.

Muéstranos tu corazón, Jesús,

prendido de amor generoso,

ese que hace y calla,

que obra en silencio,

que nos espera en el compromiso y en la acción caritativa,

que nos busca todo el tiempo,

esperando la respuesta,

deseando nuestra respuesta,

queriéndonos y queriendo el encuentro con nosotros.

Muéstranos tu corazón Jesús,

para que no olvidemos nunca

que por amor a nosotros

no renunciaste a la cruz

y que en la cruz vences.

Muéstranos tu corazón hoy,

abre nuestro corazón y ayúdanos a conocerte.

Muéstranos tu corazón y ayúdanos a amarte,

amando a los hermanos,

superando la soberbia y el orgullo,

los prejuicios y los miedos,

con la fe puesta en tu Amor que nos sostiene.

Muéstranos tu corazón

y ayúdanos a desear tener tus mismos sentimientos,

ayúdanos a ser fieles al compromiso de seguirte,

de imitarte, de hacer vida tu Palabra,

de ser sal y luz en este mundo,

de poner el corazón en nuestras acciones,

para que tu Reino sea una realidad fecunda, liberadora,

para que seamos constructores de paz y de justicia,

para que seamos artesanos de fraternidad,

para que nos cuidemos unos a otros con corazón,

para que nos miremos anticipando las necesidades del otro, aprendiendo sus dolores,

saliendo al paso de sus temores,

asumiendo sus debilidades,

soportando con caridad sus rechazos,

mirando más allá y más adentro,

perdonando siempre,

acogiendo siempre,

abrazando siempre,

sin críticas dañinas,

sin excusas,

sin reservas.

Muéstranos, Cristo del Amor, tu corazón

y que su fuego nos abrase de caridad,

que nos queme por dentro, en lo profundo,

y nos impulse a amar como Tú nos amas,

desde nuestra debilidad.

Muéstranos, Jesús, tu corazón

y enséñanos a amar

como Tú lo hiciste primero con cada uno de nosotros.

Enséñanos a amar nuestra realidad,

a querernos,

a aceptarnos

y a mirarnos con amor a nosotros mismos,

para que podamos amarte en los demás.

Muéstranos, Cristo del Amor, tu corazón

y ayúdanos a confiar en él,

a dejarnos en las manos del Padre,

en cuyas palmas están tatuados nuestros nombres,

a poner nuestra confianza en su misericordia,

a abandonar nuestra vida en tu abrazo.

Muéstranos, Señor, tu corazón,

en el que cabemos todos,

sin excepción,

juntos,

unidos,

sin malignas rencillas que nos distancien,

sin disgustos que nos separen,

tal y como como rezamos con el *Ubi Caritas*,

congregados por tu Amor,

para alegrarnos en Ti,

para que Tú reines entre nosotros.

Y cuando el Viernes Santo pongamos la mano sobre el pecho del nazareno y toquemos el corazón que llevamos ardiendo en el capirote, como cada vez que nos pongamos la medalla con su corazón en el centro o cuando respondamos a un mensaje compartiendo ese diminuto corazón en llamas como si el emoticono fuera nuestro y saliera del orgullo de nuestra pertenencia y nuestra identidad, cada vez que vemos en el corazón agustiniano un testimonio de nuestra historia y de nuestro presente, una señal de nuestra hermandad, compartamos un mismo deseo hecho oración:

Jesús, Cristo del Amor, manso y humilde de corazón,

transforma nuestro corazón,

hazlo semejante al tuyo

y enséñanos a amar a Dios y al prójimo.

Que cada vez que pongamos la mano sobre el corazón inflamado, tengamos presentes las palabras de San Pablo a los efesios[25]:

> *Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que viváis arraigados y fundamentados en el amor. Así podréis comprender, junto con todos los creyentes, cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo; un amor que supera todo conocimiento y que hoy os llena de la plenitud misma de Dios.*

Que cada vez que pongamos la mano sobre el corazón inflamado, recordemos que estamos llamados a hacer vida las palabras que San Marcelino Champagnat dejó a los maristas y que forman parte del tesoro de espiritualidad que en estos cien años la Cofradía ha ido acrecentando y cuidando para nosotros, sus cofrades:

> *… que os comportéis de tal modo que la caridad reine siempre entre vosotros. Amaos unos a otros como Cristo os ha amado. No haya entre vosotros sino un solo corazón y un mismo espíritu. Ojala se pueda afirmar de los Hermanitos de* María [de los cofrades del Amor y la Caridad] *lo que se decía de los primeros cristianos: ¡Mirad como se aman!*

Y ahora, vayamos bajando la mirada y descansemos en el regazo de María. Si dudamos, si no entendemos, si no sabemos, si amamos mal, si el amor nos viene grande o nos queda lejos, si esquivo el camino de la cruz porque no me atrevo, si experimento en mi vida qué difícil es amar, que a veces no

[25] Ef 4, 17-19

encuentro ternura que consuele ni luz que ilumine y sí sombras y obstáculos, ahí está María sentada a los pies del Amor Crucificado, invitándonos a sentarnos con ella, para mostrarnos en sus manos abiertas y extendidas, en su ofrenda valiente y dolorosa, en su caridad de madre y de discípula, cómo seguir a Jesús.

Bajemos definitivamente la mirada y pongámosla en nuestras hermanas y hermanos. Miraos unos a otros, busquémonos con la mirada para compartir, con los ojos fijos unos en otros, este último momento de oración, como un compromiso formulado en comunidad:

Que contemplarte, Jesús Crucificado y Resucitado, como hemos hecho, juntos, esta noche despierte siempre en nosotros el deseo de responder a la vocación a la que hemos sido llamados, de aprender el Amor y practicarlo, de dejarnos abrazar por tu ternura y de abrazarnos entre nosotros y al mundo, de vivir la fraternidad, conociéndonos y cuidándonos, y de pedir, con humildad: ¡Danos un solo corazón!